

Kate Chopin

El despertar
y otros relatos

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Títulos originales: *The Awakening* – *At the 'Cadian Ball* – *A Respectable Woman*
– *Fedora* – *Désirée's Baby* – *The Story of an Hour* – *Lilacs* – *Athénaïse* – *A Pair of Silk Stockings* – *The Storm*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuarez.com

Dibujos: © Shutterstock (venido; lilac)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-370-2

Depósito legal: M. 7.306-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El despertar

1

Un loro verde y amarillo, desde su jaula colgada delante de la puerta, no dejaba de repetir una y otra vez:

–Allez vous-en! Allez vous-en! Sapristi! That's all right!¹.

También sabía decir algunas cosas en español y en una lengua que nadie entendía, a menos que lo hiciera el sinsonete que, en la jaula de enfrente, cantaba sus aflautadas notas a la brisa con una persistencia exasperante.

Como le era totalmente imposible leer tranquilo el periódico, el señor Pontellier se levantó con una exclamación y expresión de disgusto y se marchó, por la galería y los estrechos «puentes» que conectaban las casitas de la finca Lebrun entre sí, de donde estaba sentado delante de la puerta de la casa principal. El loro y el sinsonete eran de madame Lebrun y, por tanto, tenían derecho a hacer todo el ruido que quisieran. El señor Pontellier, por su parte, tenía la prerrogativa de dejar de estar en su compañía cuando ya no le resultaban entretenidos.

Se detuvo ante la puerta de su casita, que era la cuarta y penúltima desde el edificio principal. Se sentó en la mecedora de mimbre que había allí y se puso de nuevo a leer el periódico. Era domingo, y el periódico, el del día anterior. Los del domingo aún no habían llegado a

1. «¡Váyase! ¡Váyase! ¡Diantre! ¡Eso es!».

Grand Isle. Como ya estaba al tanto de la bolsa, fue echando un rápido vistazo a los editoriales y noticias que no le había dado tiempo a leer antes de salir de Nueva Orleans el día anterior.

El señor Pontellier usaba gafas. Tenía cuarenta años, estatura media y complexión bastante delgada; estaba un poco encorvado. Su pelo era castaño y liso, con raya a un lado. Llevaba la barba muy recortada con sumo cuidado.

De vez en cuando apartaba la vista del periódico y miraba a su alrededor. En la casa había más alboroto que nunca. A la construcción principal la llamaban «la casa» para distinguirla de las casitas. Los pájaros seguían con sus cantos y cotorreos. Dos niñas, las gemelas de los Fari-val, interpretaban al piano un dueto de *Zampa*. Madame Lebrun entraba y salía con mucho trajín dando órdenes a chillidos a un mozo cada vez que se metía en la casa, e instrucciones también en voz muy alta a una camarera del comedor cada vez que iba fuera. Era una mujer lozana y atractiva que siempre vestía de blanco con mangas al codo. Sus faldas almidonadas hacían frufurú conforme iba y venía. Más abajo, delante de una de las casitas, una señora de negro caminaba con recato de un lado a otro mientras rezaba el rosario. Mucha gente de la pensión se había ido a Chênière Caminada en el lugre de Beaufeulet a oír misa. Unos chicos jugaban al cróquet bajo los robles negros. Los dos hijos del señor Pontellier estaban entre ellos, unos niños robustos de cuatro y cinco años. Su niñera cuarterona² los vigilaba con aire ausente y mediatibundo.

El señor Pontellier finalmente se encendió un cigarro, que empezó a fumar al tiempo que soltaba despreocupa-

2. La persona que es en una cuarta parte de origen negro.

damente el periódico. Fijó la mirada en una sombrilla blanca que avanzaba a paso de tortuga desde la playa. La veía con toda claridad moverse entre los adustos troncos de los robles negros y por el trecho de camomila amarilla. El Golfo parecía muy lejano, como si se fundiera entre brumas con el azul del horizonte. La sombrilla seguía acercándose lentamente. Debajo de ese refugio forrado de rosa iban su mujer, la señora Pontellier, y el joven Robert Lebrun. Cuando llegaron a la casita, se sentaron con cierto aire de cansancio en el último escalón del porche, uno enfrente del otro apoyándose en sendos postes.

—¡Qué locura, bañarse a estas horas con el calor que hace! —exclamó el señor Pontellier. Él se había dado un chapuzón al amanecer, y por eso la mañana se le estaba haciendo larga—. Y te has quemado una barbaridad —añadió mientras miraba a su mujer como quien mira una posesión personal valiosa que ha sufrido algún daño. Ella levantó las manos, fuertes y bonitas, y las observó detenidamente tras subirse las mangas de batista por encima de las muñecas. Al mirarlas se acordó de sus anillos, que le había dado a su marido antes de irse a la playa. Alargó la mano en silencio y él, entendiendo el gesto, se sacó los anillos del bolsillo del chaleco y los depositó en la palma abierta. Ella se los puso y luego, abrazándose las rodillas, miró a Robert y se echó a reír. Los anillos le brillaban en los dedos. Robert respondió con una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Pontellier mirando perezosamente y divertido a uno y otro. Nada, una tontería, una cosa que les había pasado en el agua que los dos intentaron contarle al mismo tiempo. Se dieron cuenta de que ya no parecía tan divertida una vez relatada, como también le pasó al señor Pontellier. Éste bostezó y se estiró, tras lo que se puso en pie y dijo que casi estaba por acercarse al hotel de Klein a echar una partida de billar.

–Vente, Lebrun –le propuso a Robert, pero éste reconoció con toda franqueza que prefería quedarse allí hablando con la señora Pontellier.

–Bueno, pues échalo cuando te aburra, Edna –le indicó su marido conforme se disponía a marcharse.

–Toma, llévate la sombrilla –exclamó ella dándosela. Él la cogió y, poniéndosela sobre la cabeza, bajó los escalones y echó a andar.

–¿Volverás a la hora de comer? –lo llamó su mujer. Se detuvo un momento y se encogió de hombros. Se tocó el bolsillo del chaleco; llevaba un billete de diez dólares. No lo sabía; a lo mejor volvía y a lo mejor no. Dependía de con quién se encontrase en Klein y de cómo fuera la partida. Todo eso no lo dijo, pero ella lo entendió y, riendo, lo despidió con un asentimiento de cabeza.

Los dos niños dijeron que querían ir con él cuando vieron que se marchaba. Su padre los besó y les prometió que les traería bombones y cacahuetes.

2

Los ojos de la señora Pontellier eran vivos y brillantes; de un castaño tirando a amarillo, más o menos como su cabello. Tenía un modo de girarlos rápidamente hacia algo y fijar la mirada en lo que fuese que era como si se perdiera en algún laberinto interior de meditación o pensamientos.

Sus cejas eran un tono más oscuro que el pelo. Espesas y casi horizontales, resaltaban la profundidad de sus ojos. Era más atractiva que hermosa. Su rostro resultaba cautivador por cierta franqueza de expresión que tenía y una sutil y contradictoria combinación de facciones. De actitud era encantadora.

Robert se lió un cigarrillo. Los fumaba porque no le llegaba para fumar puros, dijo. Tenía un puro en el bolsillo que le había dado el señor Pontellier, pero se lo reservaba para después de la comida.

Eso era bastante correcto y normal de su parte. De color no se diferenciaba mucho de su acompañante. El rostro bien afeitado hacía el parecido más pronunciado de lo que habría sido en caso contrario. No había sombra alguna de preocupación en su semblante sincero. Sus ojos recogían y reflejaban la luz y la languidez de ese día de verano.

La señora Pontellier cogió un abanico de palma que estaba en el porche y empezó a abanicarse, mientras Robert iba echando el humo de las ligeras caladas que daba al cigarrillo. Charlaban sin cesar: sobre lo que les rodeaba; su divertida aventura en el agua —había vuelto a adquirir su carácter entretenido—; el viento, los árboles, los que habían ido a Chênère; los niños que jugaban al cróquet bajo los robles y las gemelas de los Farival, que en ese momento interpretaban la obertura de *Poeta y campesino*. Robert hablaba mucho de sí mismo. Por ser muy joven, era lo que le nacía. Por la misma razón, la señora Pontellier hablaba poco de ella. A ambos les interesaba lo que decía el otro. Robert explicó su intención de ir en otoño a México, donde quería hacer fortuna. Siempre tenía intención de ir a México, pero por lo que fuera nunca llegaba a ir. Entretanto, seguía en su modesto puesto en una firma mercantil de Nueva Orleans, en la que su dominio por igual del inglés, francés y español lo hacía muy valioso como pasante y redactor de cartas.

Estaba pasando las vacaciones de verano como siempre con su madre en Grand Isle. En el pasado, antes de lo que Robert alcanzaba a recordar, «la casa» era un lujo veraniego de los Lebrun. Ahora, flanqueada por la doce-

na o más de casitas, que siempre estaban ocupadas por huéspedes selectos del Quartier Français, permitía que madame Lebrun siguiera llevando la existencia desahogada y cómoda que parecía corresponderle por derecho propio.

La señora Pontellier habló de la plantación de su padre en Mississippi y de su hogar de la niñez en la región de Bluegrass, de Kentucky. Era norteamericana, con una pequeña infusión de sangre francesa que parecía haberse perdido en la dilución. Leyó una carta de su hermana, que estaba en el este y se había prometido para casarse. Todo eso interesaba a Robert, que quiso saber qué clase de chicas eran las hermanas, cómo era el padre y cuánto hacía que había muerto la madre.

Cuando la señora Pontellier cerró la carta, ya era hora de que se arreglara para el almuerzo.

—Me da que Léonce no va a volver a tiempo —dijo mirando en la dirección por la que se había ido su marido. Robert contestó que suponía que no, ya que en Klein había muchos socios de clubes de Nueva Orleans.

Cuando la señora Pontellier lo dejó y se metió en su cuarto, el joven bajó los escalones y, acercándose adonde estaban los jugadores de cróquet, pasó allí la media hora que faltaba para la comida muy entretenido con los niños de los Pontellier, que le tenían mucho cariño.

3

Eran las once de la noche cuando el señor Pontellier volvió del hotel de Klein. Estaba de excelente humor, muy animado y conversador. Al entrar despertó a su mujer, que dormía profundamente en la cama. Mientras se desvestía, le contó anécdotas y noticias y chismes de los que

se había ido enterando a lo largo del día. De los bolsillos de los pantalones se sacó un puñado de billetes estrujados y un montón de monedas de plata, que apiló en la cómoda junto con las llaves, navaja, pañuelo y todo lo demás que llevaba en los bolsillos. Ella, muerta de sueño, sólo le respondía con breves sonidos.

Él pensó que era muy desalentador que su mujer, el único sentido de su existencia, mostrara tan poco interés en sus cosas y concediera tan poco valor a su conversación.

Al señor Pontellier se le habían olvidado los bombones y cacahuetes para los niños. No obstante, los quería mucho y fue a la habitación de al lado en que dormían a echarles un vistazo y asegurarse de que descansaban cómodamente. Lejos estuvo el resultado de su investigación de ser satisfactorio. Al girar y mover a los niños en la cama, uno de ellos empezó a dar patadas y a decir algo de un cesto lleno de cangrejos.

El señor Pontellier regresó junto a su mujer con la información de que Raoul tenía mucha fiebre y había que ocuparse de él. Entonces se encendió un cigarro y se sentó a fumarlo cerca de la puerta abierta.

La señora Pontellier estaba totalmente segura de que Raoul no tenía fiebre. Al acostarse se encontraba perfectamente, dijo, y no lo había aquejado nada en todo el día. El señor Pontellier, que conocía muy bien los síntomas de la fiebre y no se equivocaba, le aseguró que el niño se estaba consumiendo en esos momentos en la habitación contigua.

Reprochó a su mujer su desinterés, su habitual descuido de los niños. Si no era la obligación de una madre cuidar a sus hijos, ¿de quién demonios era? Él estaba muy ocupado con su negocio de bolsa y no podía estar en dos sitios a la vez, fuera de casa ganándose la vida

para mantener a su familia y dentro para controlar que no les pasara nada malo. Hablaba de un modo tan monótono como insistente.

La señora Pontellier se levantó de un salto y fue a la habitación de al lado. Volvió al poco y se sentó en el borde de la cama con la cabeza apoyada en la almohada. No dijo nada, ni quiso contestar a su marido cuando le preguntó. Una vez terminado el cigarro, él se acostó y al medio minuto ya estaba profundamente dormido.

Para entonces la señora Pontellier ya estaba totalmente despierta. Se echó a llorar un poco y se enjugó los ojos con la manga de la *pegnoir*³. Después de apagar la vela, que su marido había dejado encendida, metió los pies descalzos en un par de pantuflas de raso que tenía a los pies de la cama y salió al porche, en el que se sentó en la mecedora y empezó a balancearse suavemente.

Era más de medianoche. Las casitas estaban a oscuras. Una única y débil luz salía del vestíbulo de la casa. No se oía nada salvo el ulular de un viejo búho en la copa de un roble negro y la voz eterna del mar, que a esa tranquila hora no estaba embravecido, sino que rompía en la noche como una nana lastimera.

Las lágrimas le brotaban tan deprisa a la señora Pontellier que la manga húmeda de la bata ya no le servía para secárselas. Tenía una mano en el respaldo de la mecedora; la manga suelta se le había caído casi hasta el hombro de ese brazo levantado. Se volvió y, hundiendo el rostro acalorado y surcado de lágrimas en la curva del brazo, siguió llorando en esa postura sin molestarse más en secarse el rostro, los ojos o los brazos. No habría podido explicar muy bien por qué lloraba. Los incidentes como el que acababa de suceder no eran raros en su

3. «Bata».

vida matrimonial. Sin embargo, nunca parecían haberle afectado mucho en contraposición con las abundantes muestras de cariño de su marido y con su constante devoción, que se había convertido en algo tácito y bien sabido.

Un agobio indescriptible, que parecía producirse en alguna parte desconocida de su conciencia, llenó todo su ser de una vaga angustia. Era como una sombra, como una neblina que recorriera el día de verano de su alma. Era algo extraño y desconocido; era un estado de ánimo. No estaba allí reprendiendo por dentro a su marido y lamentándose de su suerte, que había dirigido sus pasos hacia el camino que habían tomado. Simplemente estaba llorando con ganas a solas. Mientras, los mosquitos se daban un festín con ella, picándole en los brazos firmes y redondos y en los empeines descalzos.

Esos diablillos consiguieron con sus picaduras y zumbidos disipar ese estado emocional que, de otro modo, la podría haber tenido allí, en la oscuridad, media noche más.

A la mañana siguiente el señor Pontellier se levantó con tiempo de sobra de coger el carruaje que había de llevarlo al vapor del muelle. Se volvía a la ciudad a ocuparse de su trabajo y no lo volverían a ver en la isla hasta el sábado siguiente. Había recobrado la compostura, que la noche anterior parecía tener un tanto alterada. Estaba deseando marcharse, pues esperaba pasar una semana muy animada en Cardondelet Street.

El señor Pontellier le dio a su mujer la mitad del dinero que había ganado en el hotel de Klein la noche anterior. A ella le gustaba el dinero tanto como a la mayoría de las mujeres y lo cogió con bastante satisfacción.

—¡Con esto le puedo comprar un regalo de bodas magnífico a mi hermana Janet! —exclamó alisando los billetes según los contaba.

–Bah, a tu hermana Janet le regalaremos algo aún mejor, querida mía –dijo él riéndose antes de darle un beso de despedida.

Los niños no dejaban de retozar a su alrededor agarrándose a sus piernas y suplicándole que les trajera muchas cosas. El señor Pontellier caía muy bien a la gente, y siempre había señoras, hombres, niños e incluso niñeras dispuestos a despedirle. Su mujer, sonriente, le dijo adiós con la mano mientras los niños gritaban y él desaparecía en el viejo carruaje por el camino arenoso.

Unos pocos días después llegó de Nueva Orleans un paquete para la señora Pontellier. Lo enviaba su marido. Estaba lleno de *friandises*⁴ exquisitos y sabrosos: las frutas más selectas, patés, una o dos botellas magníficas, deliciosos almíbares y bombones en abundancia.

La señora Pontellier siempre se mostraba muy generosa con el contenido de paquetes así; estaba acostumbrada a recibirlos cuando no se encontraba en casa. Llevó los patés y la fruta al comedor y fue pasando la caja de bombones. Y las señoras, mientras elegían con dedos melindrosos y exigentes, así como algo glotones, declararon todas que el señor Pontellier era el mejor marido del mundo. La señora Pontellier se vio obligada a reconocer que no conocía ninguno mejor.

4

Para el señor Pontellier habría sido complicado resolver a su entera satisfacción o a la de cualquiera la cuestión de si su mujer no cumplía con la obligación que tenía con sus hijos. Era algo que, más que percibir, sentía, y

4. «Dulces».

nunca expresaba tal sensación sin arrepentirse después e intentar expiarla abundantemente.

Si uno de los niños de los Pontellier se caía mientras jugaba, no era propenso a correr llorando a los brazos de su madre en busca de consuelo, sino que lo más probable era que se levantara él solo, se limpiara el agua de los ojos y la arena de la boca y siguiese jugando. Aun siendo tan pequeños, formaban tándem y, con los puños cerrados y entre gritos, no cedían terreno en batallas infantiles en las que solían imponerse a los pequeños de las otras madres. A la niñera cuarterona la veían como un enorme estorbo que sólo servía para abrochar chalecos y pantalones y cepillar y peinar el pelo, ya que parecía ser una ley social llevar el pelo peinado y cepillado.

La señora Pontellier, en definitiva, no era una madraza. Las madrazas parecían predominar ese verano en Grand Isle. Era fácil reconocerlas, mientras revoloteaban con las alas extendidas y protectoras siempre que cualquier peligro, real o imaginario, amenazaba a su queridísima nidada. Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, veneraban a sus maridos y consideraban un santo privilegio dejar de ser personas para desarrollar alas y convertirse en ángeles de la guarda.

Muchas desempeñaban el papel de una forma deliciosa; una de ellas era la personificación de todas las cualidades y encantos femeninos. En el caso de que su marido no la adorase, entonces es que era un animal que se merecía morir tras una lenta tortura. Se llamaba Adèle Ratignolle. No hay palabras para describirla, salvo las antiguas que tanto han servido para representar a las heroínas de las gestas de antaño y a las hermosas damas de nuestros sueños. No había nada sutil o escondido en sus encantos; su belleza estaba toda ahí, resplandeciente y patente: el cabello de hilo de oro que no había peineta ni

horquilla que pudieran contener; los ojos azules que eran como zafiros y como nada más; los labios que hacían mohínes y eran tan rojos que al verlos sólo se podía pensar en cerezas o en alguna otra deliciosa fruta colorada. Se estaba poniendo un poco robusta, pero eso no parecía sustraer ni un ápice de gracilidad a cada uno de sus pasos, poses y gestos. Nadie habría querido que su blanco cuello fuese un poquito menos regordete o más delgados sus hermosos brazos. Nunca hubo manos más exquisitas que las suyas, y era un gozo contemplarlas mientras enhebraba la aguja o se ajustaba el dedal dorado en el alargado dedo corazón cuando hilvanaba pijamitas o cosía un corpiño o un babero.

Madame Ratignolle, que le tenía mucho cariño a la señora Pontellier, a menudo cogía su costura e iba a sentarse con ella por la tarde. Estaba allí sentada la tarde que llegó el paquete de Nueva Orleans. En posesión de la mecedora, se afanaba en remendar un diminuto pijama.

Había llevado el patrón del pijama para que la señora Pontellier lo cortara; era una maravilla de estructura, diseñada para encerrar el cuerpo de un retoño tan eficazmente que sólo se le verían los ojitos como si fuera un esquimal. Era para el invierno, cuando las corrientes traicioneras bajaban por las chimeneas y otras insidiosas y muy frías se metían por los ojos de las cerraduras.

La señora Pontellier estaba muy tranquila con respecto a las necesidades materiales de sus hijos de esos momentos, por lo que no veía de qué podía servir adelantarse y hacer de las prendas invernales de cama el objeto de sus meditaciones veraniegas. Sin embargo, no quería parecer descortés o indiferente, así que extendió periódicos en el suelo de la galería y, siguiendo las indicaciones de madame Ratignolle, cortó el patrón de la prenda impermeable.

Robert también estaba allí, sentado como el domingo anterior, mientras que la señora Pontellier volvía a ocupar el mismo sitio del escalón superior apoyada lánguidamente contra el poste. Tenía al lado una caja de bombones que a cada rato presentaba a madame Ratignolle.

Esa señora no parecía decidirse, hasta que al final eligió un palo de turrón a la vez que se preguntaba si no sería demasiado pesado y le sentaría mal. Madame Ratignolle llevaba casada siete años. Cada dos años más o menos tenía un hijo. Por entonces tenía tres y empezaba a pensar en el cuarto. Siempre estaba hablando de su «estado». El «estado» no se le notaba, ni nadie habría sabido de él de no insistir ella en convertirlo en el tema de conversación.

Para tranquilizarla, Robert le dijo que conocía a una señora que sólo se había alimentado de turrón a lo largo de todo el..., pero al ver que la señora Pontellier se ponía colorada se contuvo y cambió de tema.

Aunque se había casado con uno, la señora Pontellier no se sentía del todo relajada en compañía de criollos⁵; nunca había tenido un trato tan íntimo con ellos. Ese verano sólo había criollos en la finca Lebrun. Todos se conocían y eran como una gran familia en la que la relación era muy cordial. Una característica que los distinguía, y que era lo que más impresionaba a la señora Pontellier, era su ausencia absoluta de mojigatería. Al principio le resultaba incomprensible la libertad con que se expresaban, aunque no le costara nada conciliarla con la altanera castidad que en la mujer criolla parece ser algo innato e inconfundible.

5. En este caso, los descendientes de franceses nacidos en colonias americanas.

Nunca olvidaría Edna Pontellier la impresión que le causó oír a madame Ratignolle contarle al anciano monsieur Farival la angustiosa historia de uno de sus *accouchements*⁶ sin omitir ningún detalle íntimo. Se estaba acostumbrando a impresiones similares, pero no podía evitar que el rubor le subiera a las mejillas. En más de una ocasión su llegada había interrumpido la chispeante historia con que Robert entretenía a un grupo de casadas que estaban muy divertidas.

Un libro había circulado por toda la pensión. Cuando fue su turno de leerlo, lo hizo con un profundo estupor. Sintió la necesidad de leerlo en secreto y a solas, aunque ninguna de las otras lo había hecho de ese modo, y lo escondía en cuanto oía pasos que se acercaban. El libro fue criticado y discutido con toda franqueza y libertad en la mesa. La señora Pontellier dejó de sentir estupor y llegó a la conclusión de que tales asombros nunca terminarían.

5

Formaban un grupo agradable allí sentados esa tarde de verano; madame Ratignolle cosía y a menudo se detenía para contar alguna historia o incidente con muchos gestos expresivos de sus perfectas manos; Robert y la señora Pontellier seguían sentados ociosos y de vez en cuando intercambiaban alguna palabra, mirada o sonrisa que indicaban cierta fase avanzada de intimidad y camaradería.

Él se había pasado a la sombra de ella el último mes. Nadie veía nada de particular en eso. Muchos habían

6. «Partos».

predicho que Robert se pasaría el día entregado a la señora Pontellier cuando llegara. Desde los quince años, y de eso hacía once, cada verano en Grand Isle Robert se convertía en el devoto escolta de alguna bella dama o damisela. En ocasiones se trataba de una chica joven y otras de una viuda, pero la mayoría de veces era alguna casada interesante.

Durante dos temporadas consecutivas vivió bajo la luz de mademoiselle Duvigné. Mas ella murió entre veranos y entonces Robert se hizo el desconsolado y se postró a los pies de madame Ratignolle en busca de cualquier migaja de compasión y consuelo que ella quisiera concederle.

A la señora Pontellier le gustaba sentarse a contemplar a su bella acompañante como podría mirar a una Virgen inmaculada.

—¿Podría alguien imaginarse la crueldad que se esconde tras esa bella fachada? —murmuró Robert—. Ella sabía que yo la adoraba y dejaba que la adorase. Todo era: «Robert, ven; ve; levántate; siéntate; haz esto; haz lo otro; mira a ver si el niño duerme; mi dedal, por favor, que me he dejado Dios sabe dónde; ven y léeme a Daudet mientras coso».

—*Par exemple!* Nunca tenía que pedirte nada. Siempre te tenía a mis pies, como un gato molesto.

—Querrá decir como un perro fiel. Y en cuanto aparecía Ratignolle en escena, me trataba como a un perro. «*Passez! Adieu! Allez vous-en!*»

—Tal vez me daba miedo que Alphonse se pusiera celoso —comentó ella con mucho candor. Eso hizo que todos se rieran. ¡La mano derecha celosa de la izquierda! ¡El corazón celoso del alma! Y, además, el marido criollo nunca se pone celoso; en él ese arrebató gangrenoso se ha vuelto diminuto por falta de uso.

Entretanto, Robert, dirigiéndose a la señora Pontellier, siguió hablándole de la pasión desesperada que había sentido en su momento por madame Ratignolle; de noches en vela, de llamas que lo consumían hasta que el mismo mar chisporroteaba cuando se daba su chapuzón diario. Mientras, la señora que cosía iba haciendo pequeños comentarios desdeñosos:

—*Blagueur... farceur... gross bête va!*⁷.

Él nunca adoptaba ese tono entre serio y cómico cuando estaba a solas con la señora Pontellier. Ésta nunca sabía cómo tomárselo exactamente; en ese momento le era imposible adivinar cuánto era broma y cuánto iba en serio. Se sabía que a menudo él le había hecho la corte a la señora Ratignolle sin ninguna intención de ser tomado en serio. La señora Pontellier se alegraba de que con ella no adoptara un papel similar. Sería inaceptable y molesto.

La señora Pontellier había sacado su material de pintura, con el que a veces hacía esgarces sin ningún fin profesional. Le gustaba esa afición. Sentía un tipo de satisfacción que ninguna otra ocupación le proporcionaba.

Hacía mucho que quería probar a pintar a madame Ratignolle. Nunca había parecido esa señora tanto un tema tentador como en ese momento, ahí sentada como una Virgen sensual, con el resplandor del día que se ponía enriqueciendo su espléndido color.

Robert se levantó y se sentó en el escalón de debajo de la señora Pontellier para observar su trabajo. Ella manejaba los pinceles con una facilidad y libertad que no eran el resultado de llevar mucho tiempo en estrecho contacto con ellos, sino de una aptitud innata. Robert seguía su trabajo con mucha atención mientras decía pe-

7. «Bromista... bufón... qué bruto».

queñas exclamaciones de encomio en francés a madame Ratignolle:

*—Mais ce n'est pas mal! Elle s'y connait, elle a de la force, oui*⁸.

Mientras atendía así, sin prestar atención a nada más, en una ocasión apoyó discretamente la cabeza en el brazo de la señora Pontellier. Ella lo apartó con la misma suavidad. Volvió a repetir la ofensa. Ella sólo podía pensar que era un descuido de Robert, pero eso tampoco era razón para que accediera. No se quejó, sino que de nuevo lo apartó con suavidad, pero también firmeza. Él no le ofreció ninguna disculpa.

La imagen terminada no guardaba ningún parecido con madame Ratignolle. Ésta se llevó una gran desilusión al comprobar que no se le parecía. No obstante, como obra estaba bastante bien y en muchos aspectos era satisfactoria.

Quedó claro que la señora Pontellier no pensaba lo mismo. Tras observar el esbozo con ojo crítico, echó un ancho borrón de pintura por toda la superficie y estrujó el papel.

Los niños subieron los escalones a trompicones mientras la cuarterona los seguía a la distancia respetuosa que ellos le exigían que guardara. La señora Pontellier les dijo que metieran en la casa las pinturas y todo lo demás. Quería retenerlos para hablar un poco y hacerles algunas gracias, pero ellos iban muy a lo suyo. Sólo habían ido a investigar el contenido de la caja de bombones. Aceptaron sin rechistar lo que su madre decidió darles, cada uno con las manos regordetas estiradas como si fueran palas con la vana esperanza de que se las llenara, y luego se marcharon.

8. «Pues no está nada mal... Sabe lo que hace, tiene fuerza, sí».

El sol ya se ponía por el oeste, y la brisa suave y lánguida que llegaba del sur estaba impregnada del aroma seductor del mar. Los niños, recién arreglados, se volvían a congregarse para seguir jugando bajo los robles. Daban unas voces tan chillonas como penetrantes.

Madame Ratignolle dobló su costura y metió con cuidado dedal, tijeras e hilo en el rollo de tela, que prendió con un alfiler. Se quejó de que se sentía desfallecer. La señora Pontellier fue corriendo a por agua de colonia y un abanico. Le empañó a madame Ratignolle la cara con colonia, mientras Robert la abanicaba con una fuerza innecesaria.

El mareo se le pasó enseguida, y, sin poder remediarlo, la señora Pontellier se preguntó si no habría sido producto de la imaginación de su amiga, ya que su rostro no había perdido en ningún momento su tono rosáceo.

Se quedó viendo cómo esa bella mujer se iba por la larga hilera de galerías con la gracilidad y majestuosidad que a veces se supone que poseen las reinas. Sus pequeños fueron corriendo a su encuentro. Dos de ellos se agarraron a sus faldas blancas, y al tercero lo cogió de su niñera y con mil palabras de cariño lo llevó entre sus tiernos brazos. Aunque, como todo el mundo sabía, el médico le había prohibido que levantara ni un alfiler.

—¿Va a ir a darse un baño? —preguntó Robert a la señora Pontellier. No era tanto una pregunta como un recordatorio.

—Ah, no... —contestó ella con cierta indecisión—. Estoy cansada, creo que no.

De la cara de él dirigió la mirada hacia el Golfo, cuyo sonoro murmullo le llegaba como un ruego cariñoso, pero también imperioso.

—¡Venga, vamos! —insistió él—. No se quede sin su baño. Venga. El agua debe de estar deliciosa y le sentará bien. Vamos.

Robert cogió el gran sombrero de paja de ella, que colgaba de un gancho fuera de la puerta, y se lo puso en la cabeza. Bajaron los escalones y se fueron juntos a la playa. El sol ya estaba muy bajo en el oeste y la brisa era suave y cálida.

6

Edna Pontellier no podría haber explicado por qué, si quería ir a la playa con Robert, primero tenía que rehusar para luego obedecer al otro impulso contradictorio que la incitaba a ir.

Cierta luz empezaba a despuntar tenuemente en ella: la luz que, a la vez que muestra el camino, prohíbe tomarlo.

En esa fase inicial sólo servía para desconcertarla. La llevaba a tener ensoñaciones, a reflexionar, a la imprecisa angustia que se había apoderado de ella esa medianoche en que se había entregado al llanto.

En definitiva, la señora Pontellier empezaba a darse cuenta de su posición en el universo como ser humano, y a reconocer sus relaciones como persona con el mundo de dentro y fuera de ella. Puede que parezca que es una sabiduría demasiado ponderosa para recaer en el alma de una joven mujer de veintiocho años; quizá mayor sabiduría de la que por lo general el Espíritu Santo tiene a bien conceder a cualquier mujer.

Pero el principio de las cosas, y sobre todo de un mundo, es por fuerza vago, enredado, caótico y extremadamente inquietante. ¡Qué pocos de nosotros llega-